

monarca, que pocos días antes no consintió que le abrazase el mismo que en aquel instante le ponía libre!

Reconocido á lo que consideraba como un favor de alta estima, abrazó al caudillo español con sincera efusion de gratitud, y le expresó su reconocimiento. Poco despues obsequió con algunos ricos presentes á los soldados castellanos y á sus leales vasallos.

Transcurridos algunos días, queriendo el general español manifestar al monarca azteca la confianza que tenia en su lealtad y sus promesas de adhesion al rey de España, quitó las guardias próximas á sus habitaciones, y le dijo que podia volver, si gustaba, á su palacio. Moctezuma le dió las gracias y rehusó admitir la oferta. Dijo que varias veces le habian ofrecido sus nobles y los grandes caciques levantar sus ejércitos para vengar los ultrajes recibidos; pero que habia logrado disuadirles, asegurándoles que permanecia por su voluntad en el cuartel español. Agregó que juzgaba como garantía de la paz el permanecer allí, pues temia, volviendo á su palacio, no poder evitar algun conflicto que envolvese á la capital en luto y sangre.

Si este sentimiento era el que realmente le hacia no admitir la libertad, no hay duda que le haria mucho honor. Seria un rasgo de abnegacion en bien de la humanidad digno de elogio. El mismo sentimiento habia manifestado cuando su hermano, el señor de Iztapalapan, opinó porque no se recibiese á los españoles. «Yo pereceria, dijo entonces, combatiendo al lado de mis vasallos, pero me da pena la suerte de los niños, de las mujeres y de los ancianos.»

Pero es de creerse que al temor de una asonada, se agre-

gase la consideracion de que sus vasallos no le verian ya con la casi veneracion de otros días. Muchos de ellos habian presenciado su humillacion al ser conducido de su palacio al cuartel español, y no pocos eran testigos de la degradante escena en que habian sujetado sus pies con ignominiosos grillos. Conoció que su prestigio habia muerto: que su fama habia acabado. Podia recelar ademas que, como dice el malicioso soldado historiador, solo fuesen «palabras las de Cortés».

Pero sean cuales fueren las razones que pesó al escuchar la halagadora proposicion de pasar á su palacio, es lo cierto que rehusó. Hernan Cortés, contento de la resolucion de Moctezuma, le abrazó con vivo afecto, expresándole con agradables frases su gratitud, y diciéndole que «le apreciaba como á sí mismo» (1).

Algunos autores juzgan que el caudillo español no debió haber impuesto castigo ninguno al emperador azteca, puesto que habia aplicado la pena á los que habian matado á los españoles. Si el gobernador merecia la muerte, opinan que no habia razon para humillar al soberano poniéndole grillos en los pies. «Si aquél era reo, el segundo estaba inocente; y si el cacique habia obrado en cumplimiento de las órdenes de su señor, la responsabilidad era solo de éste. No podian ambos ser á un mismo tiempo culpables» (2).

Digna es la observacion de escritores de recto juicio. El

(1) «Y le abrazó y dijo: No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo».—Bernal Diaz del Castillo.

(2) Prescott. *Historia de la Conquista de Méjico*.

historiador está en el deber de analizar los actos de los personajes que presenta, para que el público los pueda juzgar sin tropiezo. Yo, en cumplimiento de ese mismo deber, creyendo, en conciencia, que no debe el escritor dar ni quitar nada á los hombres que figuran en las páginas de los acontecimientos humanos, voy á tomarme la libertad de explicar esa disposicion que, á primera vista, parece contraria á los principios abstractos de la justicia, y que, sin embargo, no envuelve la contradiccion que se ha creido encontrar. Moctezuma no habia dado, en mi concepto, como he dicho ya anteriormente, orden ninguna para hostilizar á los españoles. El gobernador Quauhpopoca, su hijo y algunos otros caciques, fueron los que dispusieron los hechos que motivaron la reclamacion de Cortés. Ellos, pues, únicamente debian sufrir el castigo. Pero la muerte dada por el jefe azteca á los españoles enviados por Juan de Escalante, así como los demás acontecimientos de hostilidad, habian acaecido mucho antes de que Hernan Cortés llegase á Cholula. Moctezuma tenia conocimiento de ellos; le habia sido enviada la cabeza de una de las víctimas; y sin embargo, ni habia reprendido al gobernador Quauhpopoca por sus actos, ni habia referido al general castellano las desgracias acaecidas. Pues bien; esta tolerancia de las hostilidades de parte del monarca, fué lo que castigó Hernan Cortés en Moctezuma, colocándole los grillos. Impuso la pena de muerte á los caciques que promovieron la lucha, porque habian faltado á las instrucciones del soberano; aherrojó los piés del monarca, porque no habia castigado á los que habian contravenido á sus órdenes.

Cortés trató de evitar, con la pena impuesta á los primeros, que otros gobernadores hostilizasen á los castellanos. Con la aplicada á Moctezuma, que no tolerase, en lo sucesivo, que se les ofendiese.

Pero aun concedamos que los jefes aztecas hubiesen obrado en virtud de una orden de su monarca. No existiendo mas que la simple acusacion de los que iban á sufrir la pena de muerte, y la negativa del soberano que les hizo comparecer ante sus jueces, cuando pudo evitar que se presentasen, Cortés podia castigar severamente á los que habian ejecutado el hecho, sin dejar de imponer alguna pena al monarca, sobre quien de todas maneras existia la culpa de haber tolerado, como he dicho, las hostilidades (1).

Examinando detenidamente los hechos, se ve que la apreciacion del respetable historiador Robertson, al calificar de «conducta irregular» la de Cortés, juzgándole «desvanecido con la prosperidad de los sucesos», carece de toda fuerza, pues descansa únicamente sobre la suposicion de que Cortés habia obrado, no conforme á su cri-

(1) Gómara, Herrera, Solís y otros, dicen que el poner á Moctezuma los grillos, «fué una precaucion para evitar que tratase de defender á los que morian por haber cumplido sus órdenes». Igual cosa dice Bernal Diaz, acaso porque esa voz corriera entre los soldados. Pero Hernan Cortés, que era el que obraba, dice terminantemente á Carlos V, que lo habia hecho para castigar el hecho de la muerte de los españoles. «Porque confesaron que el dicho Mutezuma les habia mandado que matasen á aquellos españoles». Ni podia temer Cortés nada del monarca azteca, toda vez que no podia salir de palacio y se habia prohibido que se dejase entrar á nadie. El soberano que no se habia atrevido á dar una voz cuando fueron á prenderle á su palacio, mal podria infundir temor de que tomase la defensa de los que él mismo habia entregado para que los castigasen y se encontraba aislado de los suyos.

terio, sino conforme al que el historiador se ha figurado que obró.

Muchas de las inexactas apreciaciones de los escritores respecto de los hechos referentes á la conquista de Méjico, han nacido del laconismo con que Hernan Cortés se veia precisado á escribir sus cartas al emperador Carlos V. Referia los hechos; pero no podia detenerse en detalles que diesen á conocer los pensamientos mas pequeños, por importantes que fuesen á su intento. Al historiador filósofo le pertenece descubrirlos; pero siempre de acuerdo con las circunstancias que los enlazaban: buscando las razones que le podrian acompañar, conforme al derecho, á obrar de la manera que obró.

Difícilmente se registrarán en la historia sucesos mas extraordinarios que los referidos en este capítulo. Un número insignificante de españoles penetra en la populosa y fuerte capital de Méjico, despreciando los avisos en que les anunciaban celadas y peligros insuperables; se dirige al palacio real, cuyos patios y salones se veian llenos de nobles guerreros y de cortesanos poderosos; prende al rey en el salon de audiencias; le conduce á sus cuarteles en pleno dia, por en medio de la multitud; castiga en la plaza, enfrente al palacio real, con ignominiosa muerte, á distinguidos personajes del imperio, y carga de grillos los piés del monarca. Si se hubieran verificado estos hechos en la corte de un humilde cacique de provincia; con un gobernante decrepito y odiado de sus vasallos, y en presencia de un pueblo inculto y afeminado, no nos sorprenderia, por mas que juzgásemos atrevida la empresa. Pero llevarla á cabo en una capital que podia competir con muchas

de Europa; con un monarca jóven y orgulloso, mirado con veneracion por los pueblos, y á cuya sola voz se hubieran levantado imponentes; en una poderosa nacion, culta y valiente, cuyos ejércitos habian conquistado innumerables reinos y señoríos; en el centro de un país lleno de recursos, cuyos intrépidos hijos hubieran derramado gustosos su sangre por la patria y el monarca; esto excede á lo verosímil y raya en los límites de la fábula y del romance. Y, sin embargo, nada es mas cierto. Verdad es que los mejicanos lo presenciaron todo ignorando lo que pasaba, creyendo que se obraba con anuencia del soberano; pero no por esto dejó de ser un acto de arrojo inconcebible; un hecho increíble que supera al de los mas estupendos de los libros de caballerías.

Los mismos hombres que fueron actores en esas extraordinarias escenas, las juzgaban como imposibles, y no se podian explicar cómo las pudieron acometer, sino atribuyendo su temerario arrojo á disposicion de la Providencia.

Bernal Diaz del Castillo, que desempeñó la parte que le correspondia en el escenario de la conquista; soldado veraz y no menos religioso que valiente, al referir esos hechos en 1568, cuarenta y nueve años despues de acaecidos; cuando al ardor de la juventud habia reemplazado la reflexion de la vejez, se asombra de lo pasado, y atribuye los resultados, no al esfuerzo de sus brazos, sino al favor divino. «Muchas veces, ahora que soy anciano, dice el valiente militar, me pongo á meditar en los heróicos hechos de aquella época notable, que se me presentan claros y firmes, como si en este instante pasaran delante de mis ojos. La destruccion de la flota; la prision de Moctezuma den-

tro de sus propios palacios; la ejecucion de los altos personajes en medio de la plaza; el acto de poner los grillos al monarca, todo me parece estarlo viendo realmente; y al considerar en nuestras hazañas, me convenzo que no eran ejecutadas por nosotros, sino por Dios que dirigia nuestras acciones. A no haber sido así, no hay hombres en el mundo, atendido el insignificante número que componíamos, que hubieran podido dar cima á la empresa» (1).

Estas palabras de Bernal Diaz, al dirigir una mirada medio siglo atrás, revelan el espíritu religioso que animó á Cortés y á sus soldados en la difícil empresa que acometieron. Juzgándose soldados de una cruzada santa, se arrojaron á los mayores peligros, en medio de una nacion guerrera y valiente, esperando de dia en dia la muerte; pero resueltos á recibirla como un deber, en defensa de la cruz. Otros hombres se hubieran desvanecido con sus triunfos; se hubieran llenado de orgullo, haciéndose intolerables á los neutrales y odiosos á sus contrarios. Cortés y sus soldados jamás atribuyeron á su solo esfuerzo las victorias. Por el contrario; creian que por sí solos hubiera sido imposible alcanzarlas; que hubieran perecido sin remedio. Llenos de fé, todo lo juzgaban obra de Dios y no de ellos. Jamás, por lo mismo, dejaron de considerar á sus contrarios como valientes, como realmente lo eran.

(1) «Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes. Y digo que nuestros hechos que no los hacemos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres ha habido en el mundo, que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegáramos á ellos, en una fuerte ciudad como Méjico, etc.?» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

Todas las cartas de Cortés están manifestando su creencia en la proteccion divina, y en todas ellas ensalza el caudillo español á Carlos V el valor y el valer de sus contrarios.

Las mismas ideas resaltan en los sinceros escritos del bravo y veraz soldado historiador.

Uno y otro elogian y respetan el esfuerzo de los nativos de aquel rico y bello país.

Nadie como ellos probó ese esfuerzo.

La prision de Moctezuma y la muerte de Quauhpopoca, habian dado, es cierto, el resultado que Cortés se habia propuesto. Se consiguió que nadie osase hostilizar á la guarnicion de Veracruz. Pero no por esto se habia dado cima á la empresa de dominar el imperio.

Aun faltaba una larga distancia para llegar al fin de la jornada.

En esa distancia se iban levantado escollos terribles para la marcha de los españoles.

Aquella misma populosa ciudad en que habian entrado recibiendo las distinguidas consideraciones del monarca y de la nobleza, podia convertirse muy pronto en un campo de batalla.

El cuartel en que tenian al real prisionero, en sitiada fortaleza; y las acequias y los canales que cruzaban las calles, en sepulcro de muchos de ellos.

La guerra con los mejicanos aun no habia empezado; pero todo se iba preparando para empezarla.

Cuando estallase, debia ser terrible.

Muchos de los españoles que habian subido al gran templo de Huitzilopochtli y se habian horrorizado al contem-

plar la piedra de los sacrificios, se verian llevados á ella para ser sacrificados delante de la horrible deidad.

La primera página de esa guerra, empezaria con *La Noche Triste*.

La última debia terminar con la heroica defensa de Méjico.

## CAPÍTULO V

Envia Cortés nuevo comandante á la Villa Rica de la Veracruz.—Atenciones de Cortés con Moctezuma.—Le dice que puede marchar ya á su palacio.—Moctezuma no admite.—Marcha con gran pompa al templo principal.—El pueblo le recibe con aclamaciones.—Moctezuma sale á paseo con frecuencia.—Cortés le pide licencia para construir dos bergantines.—Estreno de los bergantines.—Va en uno de ellos Moctezuma.—El rey de Texcoco se dispone á hacer la guerra á los españoles.—Cortés le envia una embajada recordándole su amistad.—Altiya contestacion del monarca texcocano.—Cortés se dispone á marchar contra él.—Moctezuma le disuade.—El rey de Texcoco se ve reducido á prision por orden de Moctezuma.—Pone á disposicion de Cortés al preso.—Coloca Moctezuma en el trono de Texcoco á Cuicuitzca, hermano del destronado.—Algunas reflexiones sobre la prision del rey de Texcoco.

De suma importancia era para Hernan Cortés la fundacion de la Villa Rica de la Veracruz, donde habia dejado una corta guarnicion. á fin de tener un puerto por donde recibir recursos de algun buque que arribase, y noticias de cualquiera expedicion que contra él enviase el gobernador de la isla de Cuba.